

1, 2, 3... ¡EN FORMA!



Hoy en día hay un gran abanico de modalidades deportivas para todos los gustos y capacidades de cada persona.

- **EL AERÓBIC:** Es un ejercicio que viene bien a todo el mundo. Nos ayuda a mover todo nuestro cuerpo de una manera divertida y eficaz. Al ritmo de una música divertida y pegadiza, las grasas de nuestro cuerpo comienzan a moverse y desprenderse, con ayuda de una comida saludable y acompañada de un litro y medio de agua las vamos eliminando consiguiendo limpiar nuestro organismo. Pasando un rato divertido conseguimos mantenernos en forma y ayudar a nuestros huesos a luchar contra la temida osteoporosis, ya que el ejercicio fortalece los huesos.

- **EL STEP:** Es un ejercicio de la misma familia que el aeróbic, pero teniendo como referencia un banco que se sube y se baja, emulando las escaleras. Con esta modalidad se trabaja la parte inferior del cuerpo, las piernas y el culete están trabajando sin parar durante la sesión de la clase, y esto cumple las expectativas de mucha gente que ven cómo la ley de la gravedad hace estragos en zonas de su cuerpo. ¡¡TODO A SU SITIO!!

También se trabaja de una forma divertida, a ritmo de una música pegadiza y con la satisfacción de estar trabajando y quemando grasa —se quema un 30% más que con el aeróbic—.

- Todo esto se complementa con **LA TONIFICACIÓN**, que consiste en endurecer todo el cuerpo con ayuda del mismo, con mancuernas, gomas elásticas, etc. Tratamos de poner a raya la flacidez de la piel que va haciendo mella en algunos puntos estratégicos de nuestro cuerpo. Combinando la quema y eliminación de la grasa, con la tonificación podemos ir notando cambios en nuestro cuerpo. No hay que olvidarse de que hay que ser constante con el ejercicio para ir notando las mejoras.

- GIMNASIA DE MANTENIMIENTO:

Esta modalidad es para toda persona que tiene limitaciones y no puede realizar actividades como la gente de su edad, para las personas que no tienen ganas de fuertes emociones y quieren mantenerse en forma y, como no, para las personas de la tercera edad, que están en esa etapa de la vida en la que por lógica no pueden dar esos meneos, pero que muchas nos dan mil vueltas a cualquier joven en lo que a vitalidad se refiere. Se trata de realizar ejercicios para conseguir y mantener la flexibilidad, aumentar rangos de movimiento (ya que hay extremidades que con el paso del tiempo cuesta más moverlas), mejorar los huesos con la práctica del ejercicio, reducir el colesterol y la grasa, y lo más importante: reducir el estrés, la soledad, la depresión y la ansiedad.

A la vista está que hay muchos beneficios realizando cualquier actividad que no quedándose uno en casa formando parte del mobiliario del salón.

- Para el verano tenemos:

EL ACUAERÓBIC, que viene a ser lo mismo que el aeróbic pero entrando en contacto con el agua. Estamos fresquitos y nos mantenemos en forma.

Está claro que quien se aburre en invierno es porque quiere, simplemente dando un paseo ya estamos haciendo algo. La cuestión es movernos.

También hay otro tipo de modalidades, como el pilates, que es un trabajo de tonificación por estiramientos, se corrige la postura, reforzamos nuestra espalda, etc.

Lo dicho, como la cuestión es movernos en estas fiestas no tenéis que parar, con los bailes, la alegría y el buen rollo... ¡Todo el mundo a disfrutarlas!

¡FELICES FIESTAS!

Helen Begué Gómez



Ma JESÚS HUETE ACARRETA

Soy Ma Jesús, tengo 84 años. Soy una mujer sencilla y he trabajado en las labores de casa, ya llevo unos años que me gusta pintar y voy a manualidades y disfruto haciendo cuadros del Monasterio. Hoy traigo una Cueva de la Mora, me hace mucha ilusión ponerlo en el periódico de Fitero porque soy fiterana y nacida en 1923.

PINTADA AL ÓLEO CUEVA DE LA MORA.

Chicas de hace ya más de 80 años en la plaza de toros con mucha alegría. Eran las fiestas de la patrona, la Virgen de la Barda y bailábamos mucho. Eran tiempos muy bonitos y alegres.

También nos llevaban la maestra Srta Urtasun de excursión a la Cueva de la Mora y a la Cruz de la Atalaya y alguna más. También cantábamos canciones que las inventaba D. Alberto Pelaiara: Estas son un ejemplo:

La otra tarde llovió mucho y yo salí de casa corriendo a la atalaya asustada. Subí y desde allí yo estaba viendo que era una especie de mar.

Que se lavaba en Fitero lo mucho que hay que lavar, Fitero como es menester agua de los Baños tiene que llover tarantantan...

Ma Jesús Huete Acarreta.

El Hortal RESTAURANTE



Todo tipo de reuniones familiares: bautizos, comuniones, y comidas de empresa

Carretera Fitero-Baños, Km. 26,5 - 31593 Baños de Fitero (Navarra)
www.elhortal.com - 948 77 65 20

LA DAMA DE LAS NIEVES

(Leyenda)

Eduardo Aznar Martínez

¡Más allá del norte, del hielo, del día de hoy,
más allá de la muerte,
aparte—
nuestra vida, *nuestra* dicha!
Ni por tierra,
ni por mar,
podrás encontrar el camino
que lleva hacia nosotros, los hiperbóreos:
así lo vaticinó de *nosotros* una boca sabia.

Friedrich Nietzsche

I

Aquel largo año de 1698 se acercaba lentamente a su final. Las nieblas de otoño habían quedado atrás, dando paso a los primeros fríos del invierno, mientras un tímido Sol de destellos blanquecinos se elevaba sobre el viejo valle de Añamaza, perfilando escenas de silencio, sombras alargadas extendidas en el suelo, y árboles soñolientos despojados de sus hojas.

Situadas un poco más hacia el este aparecían unas pequeñas edificaciones, últimas supervivientes del anciano pueblo de San Valentín, que para entonces ya se encontraba arruinado y casi olvidado, pero en el que los monjes habían instalado una nevera, aprovechando que todos los inviernos se acumulaba gran cantidad de nieve y hielo en el lugar.

En las viviendas residía una familia formada por dos hermanos cercanos a la cuarentena, el pequeño todavía soltero, y el mayor casado con una mujer de mal temperamento, que le había dado tres hijos de desigual carácter. Los seis sobrevivían trabajando las fincas de los alrededores, labor que complementaban con pequeñas faenas aquí y allá, siempre bajo las órdenes de los monjes de la abadía.

Entre otras muchas cosas se solían encargar de recoger la nieve caída y de introducirla en la nevera, y aunque apenas recibían gratificación alguna por este trabajo, se les permitía aprovechar una pequeña parte de lo recogido para su uso personal.

La profunda tranquilidad de aquellos días no se había contagiado de todas formas a la casa, pues con frecuencia surgían entre ellos disputas y pequeñas peleas. Aunque los dos hermanos se llevaban en principio bastante bien, la mujer del mayor no podía ni ver a su cuñado, ya que consideraba que era un ser *ajeno* a ella, y poco menos que un parásito que ocupaba un espacio en la vivienda que podían estar disfrutando sus hijos...

La convivencia se había ido envenenando por tanto con el tiempo, haciendo muy difícil la continuidad de la familia.

Aquel año las nieves tardaron mucho en aparecer, y no fue hasta las navidades cuando al fin cayó una pequeña nevada, que logró cubrir de blanco el paisaje.

Cuando todavía era muy temprano, casi de noche, los dos hermanos salieron a recoger la nieve que se había acumulado en la umbría. Había que aprovechar al máximo el momento, antes de que con el mediodía se empezara a fundir lo poco que quedaba.

Al cabo de un par de horas, y con la labor bastante adelantada, Bernardo, que así se llamaba el hermano soltero, se detuvo un instante para tomar un poco de aliento y descansar la dolorida espalda.

Sin ninguna intención en concreto, elevó la mirada hacia los vecinos cerros del Castillo y Peñarroya, y tras unos instantes de sosiego escudriñando el entorno, creyó ver que algo extraño se movía a lo lejos, por la zona de los Blancares.

Sorprendido por el hecho, llamó la atención a su hermano, y consiguió que también se detuviera a observar lo que sucedía. No obstante, éste no vio nada en especial, y le regañó a Bernardo por perder el tiempo, teniendo un trabajo tan urgente que realizar.

—Habrá sido algún conejo, o como mucho un jabalí muerto de frío —dijo el hermano mayor—. No te preocupes. Vuelve al trabajo, pues debemos terminar esto antes de que se ablande la nieve, que si el padre abad no tiene el hielo preparado para hacerse sus granizados en verano, se pondrá como una fiera...

La mañana avanzó, y con ella también lo hizo la labor, que finalmente fue acabada al mediodía tal y como se habían propuesto. Parecía por tanto que el pequeño suceso del amanecer iba a quedar en el olvido, cuando el bueno de Bernardo pudo ver de nuevo una figura que se movía lentamente, discurriendo por lo alto de Peñarroya.

—Esta vez lo he visto con mayor claridad —exclamó muy excitado—. Eso no es un animal, parece una persona. Me voy a acercar a ver qué es.

Y dejando a su hermano muy sorprendido, ascendió por el barranco hasta encontrarse en las mismas faldas de Peñarroya. Para su desazón, en aquel rincón no había aparentemente nada, ni vivo ni muerto, que se moviera. Tan sólo pequeñas bandadas de tordos y grajillas hambrientas, rebuscando entre la nieve.

Pensando ya en el regreso, se detuvo un momento debajo de varias encinas, y mientras diluía su mente en la blancura del suelo, cosa que le hizo experimentar por unos instantes la sensación de perderse en un vacío indeterminado, sin dimensiones ni fronteras, un ligero chasquido de ramas le sobresaltó, y fue en ese momento cuando se encontró delante de la criatura más encantadora que había visto nunca: una joven muchacha, alta y delgada, que había aparecido literalmente de la nada, y que en la nívea nada se deshizo poco después, tras dirigirle una fugaz mirada...

Aunque todo había sucedido en un instante, la impresión que experimentó fue extraordinaria, grabándosele desde entonces aquella imagen en su mente.

En silencio, aturdido por lo que acababa de ver, regresó a su casa. Ya era la hora de la comida, y se sentó a la mesa, con el alma perdida entre sueños, recordando sin cesar la dulce y elegante figura de la dama de las nieves.

Pese a las constantes preguntas de su hermano acerca de si había visto algo fuera de lo habitual por ahí arriba, Bernardo permaneció en silencio, ausente por completo del mundo a su alrededor.

Después de un buen rato, rompió su mutismo, para pronunciar tan sólo estas palabras:

—He visto una mujer de ojos azules como el cielo de la mañana, de cabellos rubios ardientes como el fuego, y de piel blanca, radiante, y deslumbrante como la nieve recién caída...

Cuando su cuñada escuchó estas palabras, empezó a soltar toda clase de comentarios despreciativos, que giraban en torno a la idea de que Bernardo era un vago sin fundamento, que no tenía más que fantasías y sueños sin sentido, y que si había visto una moza tan *gallarda*, que se fuera con ella y no volviera más... Su marido la miraba como siempre, sorprendido, pero sumiso. Nunca se había atrevido a levantar la voz a su mujer, ni siquiera en las muchas ocasiones en las que como en aquella, se comportaba muy injustamente con su hermano.

Sea como fuere, las horas pasaron, la nieve se fundió rápidamente, y la familia consideró que todo se debía a simples fantasías del pobre Bernardo.

II

Los días continuaron sucediéndose, y nuevamente cayó una nevada, esta vez mucho más copiosa que la anterior, haciendo necesario que varios peones de la abadía se sumaran a las labores de recogida.

Aquel día Bernardo se sentía inquieto. Desde el instante del primer encuentro no hacía más que pensar en la joven que había descubierto en la montaña, y estaba convencido de que no era una simple fantasía de su imaginación.

Aprovechando que el trabajo terminó pronto gracias a los muchos ayudantes que habían venido, decidió regresar a las faldas de Peñarroya, al mismo rincón junto a las encinas bajo las que había visto a aquel ser tan angelical...

Su búsqueda ansiosa, inquieta, no dio ningún fruto, y entristecido tomó el camino de casa. El azar le tenía deparada pese a todo una nueva sorpresa, ya que sin pensarlo mucho decidió bajar al soto, y fue allí donde pudo ver por casualidad la figura de la misteriosa dama acercándose al río congelado.

Loco de emoción corrió hacia la joven, pero tan pronto como se acercó a ella, desapareció una vez más entre decenas de pequeños carámbanos de escarcha y hielo...

El ciclo invernal de nieves, deshielo, nuevas nieves, se fue sucediendo semana tras semana, y en cada ocasión el desconcertado Bernardo volvía a encontrarse con aquel extraño ser, que surgía solamente cuando la nieve estaba recién caída, sin que una sola mota de polvo empañase su blancura inmaculada.

La suerte del desafortunado enamorado cambió cuando una fría tarde de finales de enero, caminando por la vega de Añamaza a la búsqueda de un poco de leña, se encontró con la misteriosa dama sentada a un lado del camino.

Bernardo pensó que ésta sería quizás la única oportunidad en su vida de entrar en contacto con la bella muchacha, por lo que la llamó con suavidad, procurando que no se volviera a asustar.

La joven se mantuvo quieta, mirando fijamente al humilde campesino, y le permitió que se acercara a donde ella estaba...

—Os ruego que me disculpéis por dirigirme a vos sin conoceros de nada —dijo Bernardo, con voz temblorosa—, pero me gustaría saber quién sois, y por qué habéis estado apareciendo y desapareciendo tantas veces durante las últimas semanas.

La atractiva joven permaneció durante unos instantes en silencio, y tras elevar la vista fugazmente hacia las Peñas del Baño y la

Atalaya, comenzó a hablar lentamente y con voz delicada:

—Me preguntas quién soy, y a qué se debe mi presencia aquí... Mi obligación es guardar silencio sobre ello, aunque por amor a ti lo confesaré sin más rodeos: soy una de las muchas hijas de las nieves. Desciendo del linaje de los hiperbóreos, y mi patria se encuentra en una isla situada muy lejos, hacia el norte, que algunos conocen como Thule... En las noches de invierno me dejo llevar por el viento, y éste me conduce a través de los más distantes países, montañas, mesetas y mares...

Bernardo, un tanto inquieto, no entendía del todo las palabras de la dama, pero intuyó que se trataba de una especie de hada o espíritu de otro mundo, de talante pacífico y bienhechor.

En ese instante se acercó un poco más a ella, y con gran temor le dijo:

—Desde el primer instante en que os vi no he dejado de pensar en vos. Nada me agradecería más en esta vida que acompañaros allí donde fuerais, si es necesario hasta el mismo país de los hiperbóreos...

—Lo lamento, buen amigo, pero tal cosa no puede ser —replicó ella—. Aunque tu compañía me resulta agradable, pertenecemos a dos mundos completamente diferentes. Mi patria está muy lejos de aquí, y en ella sólo tienen cabida los seres sutiles, hechos de puro viento y niebla como yo... Tú ya tienes un lugar en el mundo y una familia que no debes abandonar...

—¿En qué otro lugar se encuentra el hogar de un hombre sino en el rincón donde se halla su amada? —interrumpió Bernardo, excitado—. ¿Qué otra patria puede haber para mí si no es la tuya? Nada tengo ya que hacer en mi casa, en la que poco me quieren, y donde la vida es triste y oscura. Sean cuales sean las complicaciones que tenga que padecer para alcanzar tu tierra, estoy dispuesto a luchar hasta el final por viajar hasta allí...

—¿Estás seguro de que puedes superar una prueba semejante? —volvió a preguntar con cálida voz la dama de las nieves—. ¿No sabes que ni por tierra ni por mar se puede llegar al país de donde yo vengo...? Sólo si eres capaz de ir más allá del viento, del hielo, de la nieve, del tiempo y de la muerte podrás llegar a la tierra que me vio nacer. Más allá de todas las cosas, más allá de toda vida, de todo recuerdo y memoria...

En aquel momento hubo un pequeño silencio. La dama miró hacia el cielo, pues el día estaba oscureciendo rápidamente, volviendo después a prestar atención a Bernardo.

—Si tu amor es tan grande como para superar esas fronteras —prosiguió la joven—, si eres capaz de ir más allá de todo lo conocido, quizás tengas una oportunidad. La noche está a punto de caer. Cuando la oscuridad haya llenado todos los rincones, deberás tratar de encontrarme entre los resplandores de la nieve, soportando pacientemente los rigores del ambiente. A lo largo de la prueba la sangre que recorre tus venas te recordará una y otra vez que tu naturaleza es el calor y la luz. Toda la noche luchará con tu corazón, y si es más fuerte que éste al final lo derrotará, por más dolor que sientas por dentro. Sólo si eres capaz de fundirte con el hielo y el frío podrás tenerme a tu lado...

Nada más decir esto, la joven desapareció al instante, dejando a Bernardo confundido...

Tras unos minutos de silencio, éste decidió pasar toda la noche despierto y al raso, para buscar el camino que conducía hacia el desconocido mundo de los hiperbóreos. Para ello, ascendió por las lomas que flanquean el curso del Añamaza, hasta llegar a la cumbre de un cabezo desde el que se observaba un panorama fascinante: la Luna llena, de forma perfectamente circular, y recién salida sobre el horizonte, emitía una luz blanca y fulgurante, iluminando con gran esplendor todo el panorama conformado por los montes de la región. Al fondo en la lejanía, como si estuviera vigilando el alargado valle, se elevaba el perfil inmenso del Moncayo, cubierto bajo un denso manto de nieve que reverberaba agitado por la fría luz lunar. La oscuridad y pureza del cielo unidas a la luminosidad de la nieve conferían densos tonos azules al paisaje, creando un espectáculo más propio de un mundo de ensueño que de la gris realidad.

Bernardo caminó durante un buen rato por una amplia planicie que se extendía sobre el espinazo de la montaña, y entre luces y sombras buscaba algún indicio de que anduviera por allí la dama que tanto deseaba.

III

Las horas fueron pasando lentamente, mientras el frío se apoderaba de todos los rincones, penetrando en lo más profundo de las carnes del desdichado enamorado.

Aturdido por el cansancio y los primeros síntomas de congelación, Bernardo dejaba correr su imaginación en los reflejos y destellos irisados que surgían de los cristales de hielo, y que por momentos hacían creer que ya no había horizonte que separase cielo y tierra, y que las estrellas centelleantes flotaban sobre el mismo suelo...

Él ya sabía perfectamente que la muerte de frío es la menos dolorosa que existe: el cuerpo entero se adormece y no siente el más mínimo malestar. Un denso pero dulce sueño empieza a apoderarse lentamente de la mente, y al cabo de un rato todo se desvanece sin el menor sufrimiento...

¿Quién podía saber si era precisamente ése el camino perdido hacia la remota Thule, en la que su amada se hallaba! ¿Tal vez diluyéndose en la blanca nieve como una gota más de agua, más allá del frío y el hielo, más allá de la vida, de la muerte, del hoy, del ayer, del mañana y de todas las cosas...!

El tiempo, inflexible en su curso, siguió adelante, y la noche avanzaba más y más, hasta el punto de que el alba estaba cerca. Bernardo ya casi no se movía, poco a poco se estaba convirtiendo en una estatua de hielo que se confundía con el denso azul del entorno. No sentía frío, ni dolor, ni miedo ni temor. Solamente se dejaba llevar por los acontecimientos, contemplando ensimismado el espectáculo de la Luna sumergiéndose tras las curvadas formas del Moncayo.

De repente, creyó ver que algo se movía a lo lejos. Una figura humana que se acercaba hacia él paso a paso, mientras el cielo comenzaba a abrirse, a rajarse de dos en dos seccionado por un invisible cuchillo. ¿Se estaba aproximando ya a las puertas del reino de Thule? ¿Era la misma dama de sus sueños la que salía al paso para darle la bienvenida...?

IV

Un Sol rojo como el fuego, pero todavía frío e invernal, brotó al fin del horizonte, dando entrada a un nuevo día. Todo estaba lleno de luz y de los sonidos de miles de pajarillos alborotados.

Bernardo se encontraba ahora en el balneario, cubierto por gruesas mantas, agotado, pero aún vivo, con la compañía de un viejo monje que le estaba ayudando a entrar en calor. Había sido su hermano quien lo había llevado hasta allí, pues al ver que no volvía a casa de noche, había salido a buscarlo, encontrándolo justamente cuando estaba a punto de morir.

Aunque la recuperación fue completa, todavía pasó varias semanas en el Baño, recibiendo friegas de agua caliente y recuperándose del inmenso frío que le había helado hasta las entrañas...

Cuando finalmente pudo volver a su vida de antes, la atmósfera estaba cambiando, y se intuía por todos los rincones la llegada de la nueva estación. Aquel año no volvió a nevar en la zona, y el entristecido Bernardo recordaba con gran dolor a la misteriosa dama que había visto en la nieve, y que por seguirla hasta su extraño mundo por poco le cuesta la vida. A pesar de todo, continuaba tan enamorado de ella como en el primer instante, y nada le hacía perder en la mente su recuerdo.

—La primavera que a tantos y tantos llena de alegría por los amores que hace surgir, a mí me ha traído la tristeza y el desconsuelo... —Llegó a decir en una ocasión, con gran pena.

Una noche de abril volvió a nevar... Esta vez en la cumbre del Moncayo. A la mañana siguiente la montaña aparecía espléndida, dominando como siempre todo el paisaje del valle de Añamaza. Cuando Bernardo despertó, se sintió emocionado de contemplar de nuevo la blancura de la nieve cuando ya había renunciado a poder verla otra vez en lo que quedaba de año.



Ensimismado por la imagen, emprendió el camino valle arriba, en dirección a la gran montaña, como si quisiera ascender hacia ella. Unos instantes después, su figura había desaparecido entre las choperas y pequeños cerros del valle, y desde entonces nunca más se supo de él...

Aunque su hermano lamentó la pérdida, su cuñada pudo ver cumplido al fin su deseo de poder disfrutar para ella sola y sus hijos de la casa familiar. Con el tiempo también fue olvidándose la historia entre las gentes del lugar, aunque hay quien dijo que un pastor del Moncayo vio a Bernardo subir hasta lo más alto de la montaña, y convertirse allí en una nube más.

¿Quién sabe si logró por fin su sueño de ir más allá del hielo, la nieve y las nubes, y alcanzó en el remoto norte el reino perdido de los hiperbóreos, en el que su amada le esperaba? Parece imposible, aunque tal vez no lo sea tanto...

¿Acaso no han existido desde siempre amores capaces de ir más allá de todo lo conocido, de superar las más altas barreras, las más distantes fronteras, de crear un mundo verdaderamente aparte, libre de las ataduras del espacio y la materia, y de perpetuarse más allá de la vida, la muerte, y el cruel tiempo que todo lo destruye...?

Unas notas para el recuerdo del artista FLORENTINO ANDUEZA ALFARO

Las líneas que siguen desean traer al presente la memoria de un interesante pero poco conocido artista navarro que, por diversas circunstancias, estuvo muy vinculado durante años a Fitero. Las portadas de los programas de fiestas de 1949 y 1952 son testimonio de ello, así como sus dibujos y, por supuesto, el recuerdo de numerosas personas. Hablamos de Florentino Andueza Alfaro.

Nacido en Tafalla en 1899, comenzó a estudiar en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando en el curso 1923-1924 pensionado por la Diputación de Navarra, permaneciendo matriculado hasta 1926. En la capital tuvo ocasión de intimar con los hermanos Zubiaurre, con quienes le unía, además de la pasión por la pintura, la pérdida de audición desde que contaba con una año de edad. En la academia madrileña destacó por sus aptitudes, obteniendo en 1925 y 1926 el premio en las oposiciones celebradas entre los alumnos más sobresalientes. En septiembre de 1928, finalizada su formación, *Diario de Navarra* informaba que el artista había llegado a Fitero, procedente de Madrid, con la intención de marchar a Francia, Alemania y Bélgica. Se convertía así en uno de los pocos artistas navarros de su generación con un itinerario formativo tan amplio, sólo comparable al de otros artistas más veteranos como Inocencio García Asarta, Javier Ciga o Jesús Basiano.

Expuso en 1920 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid y, al parecer, en París (1925, 1926 y 1928), en Bruselas (1930), y en el Palacio de la Prensa de Madrid (1940). En 1930, recibió una bolsa de viaje de 500 pesetas en la sección de escultura de la Exposición Nacional de Bellas Artes. A partir de 1939 ingresó como docente en los Talleres de Arte de Madrid, cargo en el que permaneció hasta su jubilación en 1967. Tafallés de nacimiento e hijo adoptivo de Fitero, vivió a caballo entre esta localidad navarra y Madrid, desarrollando una importante labor de compromiso con la Asociación de Sordomudos, en la que expuso en diferentes ocasiones. Falleció en la capital española el 28 de diciembre de 1988, a los 89 años de edad. Su funeral se celebró el 18 de enero en la iglesia de San Fermín de los Navarros, a las seis y media de la tarde.

Pintor, escultor, dibujante y acuarelista, dotó a sus trabajos de un profundo carácter folclórico y anecdótico, no exento de caricaturización y sentido expresionista y, en ocasiones, de cierto dramatismo y contenido social. La relación con los hermanos Zubiaurre orientó sus preferencias hacia el folclorismo rural, la representación de tipos, usos y costumbres del medio rural y, en particular, de la ribera, aunque no deben descuidarse otras influencias como la de José Arrúe, fino dibujante de costumbres vascas, aunque más irónico que el navarro.

Temas como el trabajo, la familia, el esfuerzo cotidiano, o la fiesta son tratados por

Andueza en numerosos dibujos de bella factura y gran decorativismo, pensados como caprichos en los que el autor se deleita en el trazo y en el uso del cromatismo a la acuarela. Una de las imágenes que se publica (Fig. 1), relacionada con otras de parecida composición y tratamiento, muestra a un grupo de cinco figuras, tres masculinas y dos femeninas, alternadas sucesivamente, danzando por un prado cogidos de hombros y cinturas, en los que es claro el matiz costumbrista y aún etnicista. El hombre que va a la cabeza toca una flauta —en otros dibujos es la gaita— guiando el baile y lleva una bota de vino al hombro. Los hombres calzan alpargatas blancas y visten pantalón azul, blusa blanca, pañuelo al cuello y cubren su cabeza con una boina. Los pañuelos y las boinas alternan sus colores, rojo y azul para el primero, azul y rojo para el segundo, en el medio de la composición, y de nuevo rojo y azul para el que cierra la fila. Tanto éste como el anterior llevan además faja roja al cinto, detalle del que carece el primero. Por su parte las dos mujeres también participan de esta alternancia de colores. Ambas visten falda, blusa y llevan pañuelo al cuello. En la primera, segunda de la fila, la falda es azul y la blusa de tonos anaranjados, mientras que en la segunda mujer, cuarta figura en la fila, la falda es anaranjada y la blusa azulada. Mientras, el pañuelo de la primera es rojo y el de la segunda de tonos similares a la falda. Con esta alternancia de colores se consigue un atractivo juego visual y un dinamismo que contribuye al propio de las figuras danzantes. La escena representa un ambiente festivo y amable, enfatizado por la amplia pradera que se desarrolla en torno a ellos, cubierta de flores, así como de un perrillo que corre sonriente a su lado. Al fondo, como referente espacial, Andueza incorpora una recreación de Fitero y sus alrededores, con el cementerio a la izquierda, el humilladero en el centro y, a la derecha, la localidad con el caserío y la silueta inconfundible del monasterio. Los montes y el cielo, de agradable tonalidad, contribuyen a este clima bucólico. El dibujo a plumilla es limpio, sin excesivos matices, muy cercano al lenguaje gráfico que le caracteriza en otros trabajos, mientras que el color a la acuarela se encarga de matizar los contornos y la ambientación del entorno. La escena queda enmarcada por una composición recargada, con motivos vegetales y figurativos —dos músicos a modo de estípites, uno tocando el txun txun y el otro el tamboril—, y, en la parte superior, una exaltación de la Virgen de la Borda rodeada por cirios encendidos, seis a cada lado. Otros dibujos acuarelados similares a este insisten en el ambiente festivo y amable, incorporando plácidas vacas pastando en los prados y fuegos artificiales iluminando el cielo fiterano.

No obstante, en ocasiones, la mirada de Andueza se vuelve hacia temas de mayor compromiso social. La vivencia de la guerra civil y la posguerra dejaron en él huella en algunos dibujos en

los que más allá de su sabor castizo, incide en la carencia y la necesidad de algunas gentes. Uno de estos dibujos, que presentamos (Fig. 02), representa a una madre de pie, descalza, vestida con larga falda azul, mandil verde y blusa naranja, es decir, colores de fuerte impacto visual. La figura aparece desproporcionada, con largos brazos, amplias manos —una de cuales, la derecha, se extiende solicitando la caridad de las gentes—, cuello alargado y gesto contenido y circunscripto. Con la tremenda mano izquierda agarra la diminuta mano de su hijo, también descalzo, con pantalón de naranja y camiseta roja. La simplicidad en el trazo resalta la efectividad visual de la imagen y su matizado dramatismo, en la que se advierte la huella de maestros españoles del XX, como Julio González, Pablo Ruiz Picasso, Rafael Zabaleta y aún de Francis Bartolozzi y sus notables dibujos de la guerra civil.

Podrían describirse muchos otros dibujos, como la serie que dedica al juego del remonte, todos ellos de similar factura a estos que comentamos y que muestran una producción prolífica. En septiembre de 2006 se expusieron algunas de sus obras en el Patio de Gigantes del Ayuntamiento de Pamplona, en una muestra organizada por la Asociación de Personas Sordomudas de Navarra. Con todo, debemos conformarnos con lo dicho, a la espera de un estudio más detenido que alumbre la oscura figura de este interesante autor, digno de ingresar en la nómina de artistas navarros.

Ignacio J. Urricelqui Pacho
Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro

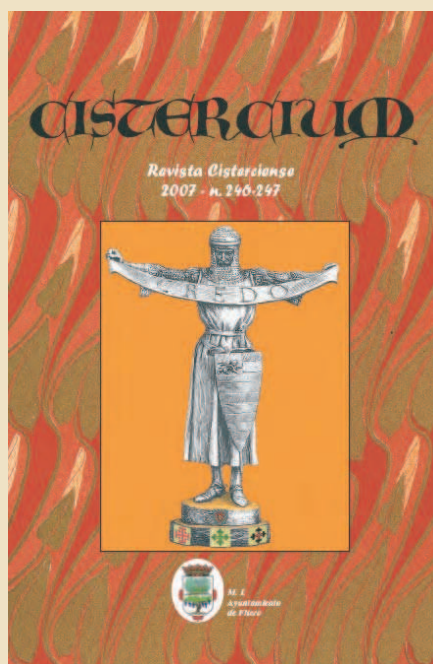
HEMEROGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA

Diario de Navarra, 10 de julio de 1925; 13 de junio de 1926; 15 y 18 de septiembre de 1928; 25 de marzo de 1977.

“Florentino Andueza Alfaro”, en *Foro del silencio*, n. 0, 1977, pp. 37-38.

PANTORBA, Bernardino de, *Historia y crítica de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes celebradas en España*, Madrid, Jesús Ramón García-Rama J., 1980.



**CISTERCIUM**

Precio 12 €

Revista trimestral sobre temas de cister

El Tesoro del Patrimonio Histórico de Fitero

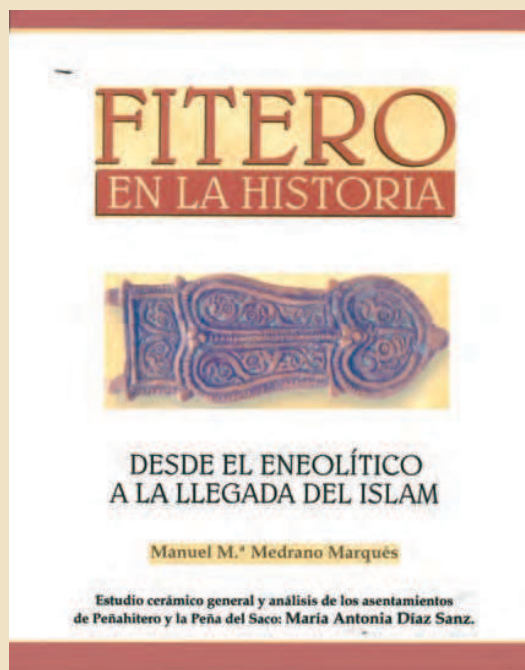


Serafín Olcoz Yanguas

**EL TESORO del Patrimonio
Histórico DE FITERO**

Precio: 20 €

Autor: Serafín Olcoz Yanguas

**FITERO EN LA HISTORIA, desde el
Neolítico a la llegada del Islam.**

Precio: 20 €

Autor: Manuel Medrano Marqués

**ANTIGUOS APEROS AGRÍCOLAS**

Precio: 15 €

Autor: Jesús Sanz Larrea

“EL RIEGO DE LA VIÑA”, Jota.

Música: Lorenzo Luis
Letra: Eladio Pina

Así cantó el regador
Mientras la viña regaba:
“El vino que cría mi tierra
Es fino, sabroso, el mejor;
Porque el vino de Navarra
Es un vino superior.

Navarro genial,
Oye mi cantar.
Que esta jota, pues,
Navarrica es.
Y la jota tal
Viene a demostrar
Que se cría aquí
Jugosa la vid;
Y que por lo cual,
Se ha de cosechar
Vino sin igual.

Hermosa, en verdad,
Más rica en el mundo no habrá.
Tiene maravillas las mil
Y posee un suelo fértil;
Tiene su excelente olivar,
Produce madera sin par,
Frutas y hortalizas, la mar;
Jugosa la viña, vino sin igual
Y hermoso cereal.

De fama en el mundo entero
Es el vino de Navarra,
De fama en el mundo entero.
Su fama se ve agigantada
Si el vino se cría en Fitero,
Porque con aguas termales
Se riegan nuestros viñedos”.

(Año 1945)

ME CAERÁ O NO ME CAERÁ

Gracias a la desidia de unos y a la
indiferencia de todos.
ME CAERÁ
Pero mis cimientos son fuertes y han
aguantado muchos años.
NO ME CAERÁ
Mientras la lluvia, viento y nieves
hacen su callada labor.
ME CAERÁ
Mi viejo sombrero de rotas tejas res-
guarda mis ojos.
NO ME CAERÁ
Movimientos, ruidos y vibraciones me
hacen temblar.
ME CAERÁ
Mas los torcidos pilares resisten los
embates.
NO ME CAERÁ
Subido en la columna aguardo el fatí-
dico día.
ME CAERÁ
Pero la esperanza de los que me miran
ánimo me dan.
NO ME CAERÁ
Siento que tengo los días contados.
Mi cielo se resquebraja.
ME CAERÁ
Sólo vuestra fuerza y apoyo sustentan
tan frágil estructura.
NO ME CAERÁ
A mi hermana la mayor ya le llegó la
hora de la restauración.
ME CAERÁ
Ojalá que el tiempo me deje gozar
entero de mi rehabilitación.
NO ME CAERÁ

Por si alguien todavía no sabe quien
soy, soy el Cristo del Humilladero.
Deseando recibir durante muchos
siglos a abades y autoridades, así como
a todos los que se dignan mirarme
cuando pasan junto a mí pensando ...
LE CAERÁ

O QUIZÁS NO LE CAERÁ

José Vergara, “El Churrero”

BAILE EL TERPSICORE

El actual teatro cine Calatrava, antiguamente refectorio de los monjes, que mediante la desamortización de Mendizabal pasó a manos privadas como todos sabemos, durante unos años fue teatro cine, después almacén de hierbas medicinales (que después eran enviadas a laboratorios de Madrid para elaborar, entre otros productos, el famoso "te purgante Pelletier"). En el año 1950 el propietario de este edificio, Fausto Palacios Pelletier, realizó durante los días de las fiestas patronales el baile llamado "Palacio de Terpsicore" (diosa de la danza) celebrándose extraordinarios bailes y verbenas con afamadas orquestas, un de ellas que yo recuerdo fue "Los Mirlos Blancos"; también había obsequios para las señoritas y se proclamaba "miss Terpsicore", todo ello en un buen ambiente.

La sala estaba perfumada con productos de los laboratorios Armiño de Madrid, cuyo director era Fausto Palacios Pelletier. El servicio de bar contaba con los bármanes famosos "Teto" y "Guerra".

Este baile duró pocos años. Al cerrar el cine Gayarre el pueblo se quedó sin cine y en el año 1954 Fausto se decidió a reconstruirlo en el actual teatro cine Calatrava, lo que fue toda una innovación por su construcción, luces indirectas, sonido estereofónico, pantalla panorámica "miracle mirrow", etc ...

Todo el personal vestía de uniforme.

La película de estreno fue "El Mayor Espectáculo del Mundo". Fueron años de mucho éxito, se proyectaron películas famosas, vinieron compañías de teatro, revistas y zarzuelas, ... La expresión famosa de Fausto cuando traía una buena película era "¡qué películón!". Poco a poco fue decreciendo el éxito, murió Fausto y el edificio fue comprado por el Ayuntamiento.

Jesús Sanz

Publicidad

CONSERVAS VEGETALES

El Juncal

Espárragos

Pimientos del piquillo

Verduras

(menestra, alcachofas, cardo, borraja, acelgas, pencas, etc...)

Nuevos productos:

Pimientos rellenos de: bacalao, carne, lenguado y setas

Mousse de espárrago, pimiento

Habitas baby en aceite de oliva

Tomate frito

Alubias guisadas

Garbanzos de vigilia

Cruz Azcona S.L.

Carretera de Tudela, s/n

Teléfono 948 776 130 Fax 948 404 702

31593 FITERO (Navarra)

NOTAS PARA EL ESTUDIO DE LA VILLA DE FITERO Y DE SU CASCO URBANO DESDE SU ORIGEN HASTA EL SIGLO XIX.

Fco. J. Alfaro Pérez

A lo largo de varios años de investigación y lectura en archivos y bibliotecas, y casi sin quererlo, he ido recopilando algunas notas relativas al origen y evolución del casco urbano de la villa de Fitero desde la Baja Edad Media hasta el siglo XIX. En ocasiones, la información contenida en estas notas, sobre todo en las más antiguas, es de una interpretación bastante compleja dada su ambigüedad e imprecisión. Por todo ello, la intencionalidad de este estudio no puede ser otra que la de aportar una visión general sobre la cuestión, planteando una serie de hipótesis basadas en la interpretación de fuentes escritas, que deberán ser ampliadas o corregidas por estudios arqueológicos o, en ausencia de estos, por la aparición de nueva documentación.

El ejercicio que a continuación se presenta trata de mostrar la posible evolución seguida por el casco urbano de Fitero atendiendo, indistintamente, a tres cuestiones básicas: morfología, simbología y orografía, encauzadas por las noticias que nos han llegado.

Por no extendernos demasiado en esta introducción, y para cerrarla, también es necesario saber de antemano que los pocos estudiosos que han escrito sobre el origen y evolución del casco urbano de Fitero, han aportado las siguientes ideas: 1. El lugar estaba totalmente despoblado a la llegada de la comunidad cisterciense; 2. Como lugar fronterizo y conflictivo la fijación de una población estable bien en Tudején, bien en Fitero, fue un proceso lento y en gran medida frustrado durante toda la Edad Media; 3. Al margen de los religiosos, toda la población del lugar se concentraba en el Cortijo, tratándose de siervos y criados cuyo número debió ser muy escaso; y 4. En los últimos años del siglo XV y primeros del XVI gentes de los alrededores se instalaron en masa en los alrededores del monasterio haciendo surgir lo que hoy entendemos por villa de Fitero. Ideas que retomaremos más adelante ya que, como se supondrá, la relación entre pobladores y morfología del poblado es muy estrecha.

1. Datos historicodemográficos.

Las referencias que poseemos para el siglo XII son prácticamente nulas más allá de las noticias sobre el asentamiento del monasterio en un lugar llamado Castejón o Castellón en alusión a una torre o *castellum* preexistente. Así, M. García Sesma considera que durante el siglo XII y hasta mediados del XIII en el lugar de Castellón-Fitero no hubo más moradores que monjes y seglares, aunque a su entender "lo más probable es que esos operarios seglares trabajasen de día en la Abadía y pernoctasen en Tudején"¹. En cualquier caso, tanto si los trabajadores de la fábrica pernoctaban en el lugar como si lo hacían a una legua, el número de habitantes debió ser relativamente escaso y con una tasa de masculinidad abrumadora pero, por lo que respecta a la ubicación del casco urbano se trató de un momento clave.

Como recoge S. Olcoz Yanguas distintas *Salvaguards* concedidas al Imperial monasterio por parte de reyes castellanos y navarros incluyen

referencias sobre el hecho de que la protección fuera extensible a los habitantes, moradores y criados del lugar, a caso mera muleta diplomática o quizá no². El caso es que hacia 1285 el monasterio había completado sus dependencias y junto a él ya se había erigido un pequeño caserío conocido como el Cortijo, donde estaban instalados los criados. El Cortijo contaba con dos puertas al exterior y una tercera que daba a las dependencias monacales, estando rodeado por una muralla coronada por tres torres cuyos restos eran claramente visibles en mediados del siglo XVIII³. Al tiempo que veinte años más tarde, en 1305, Fernando VI, desde Almazán, fomentaba un nuevo intento por atraer población a la villa desierta de Tudején, tentativa que volvió a fracasar. Sin embargo, como parece deducirse del hecho de la existencia de gente al menos en el Cortijo, el lugar de Fitero ya contaba con algunos moradores. Circunstancia que aunque no fuera más que por la necesidad de mano de obra para la fábrica, posiblemente, se dio desde el inicio de la misma al menos un siglo antes. Es más, incluso conocemos el nombre de algunos vecinos o moradores de Fitero hacia el año 1270 tal y como recogió Jimeno Jurio⁴.

Llegados a este punto, a mi entender, cabe hacerse una pregunta trascendental ¿qué entendemos por criado?, pues es posible confundir el concepto criado como persona que presta un servicio a cambio de una contraprestación, con criado entendido como vasallo, esto es persona que, por resumirlo un tanto burdamente, trabaja para sí una propiedad que no es suya a cambio de una contraprestación al monasterio por vasallaje. Es decir, ¿es posible que al menos desde el siglo XIII en el lugar de Fitero hubiera criados del monasterio junto a otras personas que quizá de un modo enfiteútico contribuían con mayor autonomía a activar la economía? y, si es así, ¿vivían todos juntos en el Cortijo, junto a familiares de los monjes?.

Hasta ahora se conocía como hacia 1410 el monasterio de Santa María de Fitero, como señor feudal del lugar, comenzó a hacer contratos de arriendo de huertos y viñas a gentes, muchas de ellas forasteras, que llegadas a Fitero poseían el usufructo de estas explotaciones a cambio de cuartas, décimas y primicias anuales⁵. Pero, esta circunstancia parece obedecer más a un cambio en la política del monasterio que a la aparición de un creciente flujo inmigratorio que, por otra parte, pudo darse perfectamente. De hecho, sólo entre 1386 y 1398 conocemos el nombre de al menos veinticinco fiteranos que hicieron escritura con judíos navarros para acreditar deudas, prestamos y transacciones en su mayor parte causadas por la compra de grano panificable⁶.

Gil Ferrero (1386); Simón o Simonet (1386); Johan de Magaña o Magaynna (1386); Johan de Cornago (1386); Gil Vaquero o Baquerizo y Toda Gil, cónyuges (1386); Sancho Ezquerro (1387); Garcia d'Exea (1387); Johan Ferrandiz de Cornago (1387); Gracia de Agreda (1387); Johan Sanchiz de Grávalos (1387); Garcí Roiz (1387); Johan de Margarin (1387); Ximen Periz y Sancha, cónyuges (1389); Pero Gonzalez (1389); Martín Garceyz o

Garcés (1389); Pero Ramirez (1391); Pero Sanchis (1391); Ferrando Barba, natural de Cintruénigo y vecino de Fitero (1391); García Ruis de Navion (1391); Iunes Abenabes, judío (1391); Miguel Periz (1391); Rodrigo de Peralta (1393); y Pedro de Ablitas (1398).

Es más, ha de tenerse en cuenta que la población que dejó rastro documental siempre es sensiblemente inferior a la real, ya que muchas personas, las más, no emitieron escrito alguno ni en compraventas, ni en testamentos. Por hacernos una idea, en los registros de sello de los años 1386 y 1398 figuran más vecinos de Fitero que de otras poblaciones próximas tales como Ablitas, Cadreita, Buñuel, Cabanillas, Caparroso, Fustiñana, Murchante, Tulebras o Villafranca, lo que a su vez pudiera indicar que la población de Fitero era similar o superior a algunas de estas, pese a no aparecer reflejada en ningún recuento oficial⁷.

Ciertamente, la población fiterana de los siglos XIII, XIV y XV debió ser oscilante y su posición precaria en particular gracias a las casi crónicas guerras entre Castilla y Navarra, reino al que perteneció Fitero de manera definitiva desde 1373. Pero esta circunstancia no fue exclusiva o propia de Fitero, sino que también se dio en otras localidades próximas como, por ejemplo, en Cascante, Corella o Cintruénigo. Pero de Garinoáin, recibidor de la Ribera, declaró a Corella exenta de pagos "(...) por razon que la dita villa a seydo quemada et destruyta et dispada por los casteyllanos"⁸; en Cintruénigo, la cosecha del año 1443 fue muy mala, a lo que se sumó en 1444 un ataque de los de Alfaró; o Cascante que, tres años más tarde, en 1447, fue eximido del pago de sus impuestos "(...) por haber venido en tanta disminucion que casi esta en total despoblacion de Gentes".

Es conocido que el monasterio se quedó vacío por espacio de una década hacia 1420 por motivo de dichas guerras navarro-castellanas, aunque desconocemos si en ausencia de los religiosos, resguardados en Tudela, el lugar de Fitero permaneció ocupado o no por algunos criados y o habitantes¹⁰. También conocemos, gracias a fray Jerónimo de Álava, como "(...) oyó decir y tiene por curiosidad apuntado que quando andaban las guerras entre los reyes de Castilla y Navarra, viniendo a robar unos de Cervera a dicho monasterio no hallaron que llevarse por que todo estaba recogido en casa de un Martin Taxeros, persona principal de Cintruénigo."¹¹

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XV la situación poco a poco fue dando un vuelco radical por lo que concierne a la evolución demográfica del lugar de Fitero, a pesar de la latente guerra civil navarra. En 1482 fray Miguel de Peralta ejerció el derecho de repoblar Tudején en el término de Fitero, dando lugar a la villa de Fitero, ofreciendo con tal motivo solares para la edificación de viviendas y tierras de cultivo a cambio de una gallina como treudo, entre otros impuestos, pero los acontecimientos escaparon del control del monasterio en los años siguientes¹². Hacia 1492, con motivo de la expulsión de los judíos de Castilla y de Aragón, las localidades

riberas vieron como muchos de estos se instalaban en ellas con la esperanza de que se tratase de un exilio breve tras el cual retornar a sus hogares, ante el beneplácito de los reyes de Navarra¹³. Algunos de los cuales se afincaron en Fitero incrementando la población. De hecho, tras el año del bautismo obligatorio o expulsión de los judíos de Navarra, 1516, veinticuatro judíos fiteranos fueron llevados a Cascante para su bautismo¹⁴.

Así, fray Anselmo de Andrés y Val llega a declarar que en el año 1512 había en Fitero tan sólo 30 vecinos, muchos de ellos judíos¹⁵. Cifra de vecinos muy inferior a la real, tal y cómo se desprende de sendos encabezamientos realizados en la villa los años 1509 y 1512, según los cuales esta tenía 244 unidades fiscales el primer año y 254 el segundo¹⁶. Lo que, traducido a personas, si se utiliza un coeficiente conversor 4 meramente estimativo, equivaldría a decir que por aquellos años el pueblo de Fitero contaba nada menos que con cerca de 1000 habitantes.

Desde el último tercio del siglo XV y durante el primero del XVI la población de Fitero tuvo un gran desarrollo, lo que sumado a cierto absentismo del primer abad Egüés, generó un problema jurisdiccional que se arrastró hasta el propio siglo XIX¹⁷. Así, mientras la abadía sostenía y se escudaba en unos derechos feudales ciertos, los vecinos y moradores de la villa trataban de liberarse del corsé feudal alegando derechos de 1482 y aprovechando el absentismo abacial o su debilidad trataron de hacerse con derechos que hasta ese momento no les pertenecían. Por lo que, tal y cómo se desprende de diferentes pleitos entre las partes, tal y como ha recogido S. Olcoz Yanguas, el monasterio defendía que ya había población antes de 1482, mientras que a la villa le interesaba lo contrario, esto es, que la población era posterior a esta fecha¹⁸. En consecuencia, la lucha entre el monasterio y la villa por los derechos y jurisdicciones han enmarañado y pervertido el verdadero origen demográfico y urbanístico de Fitero.

De los datos obtenidos, parece desprenderse que durante la Baja Edad Media el monasterio de Fitero nunca declaró en ningún fogaje que en el lugar hubiera vecino o habitante alguno, pese a haberlos, radicando el motivo de esta ocultación muy posiblemente a que dichos fogajes o recuentos estaban destinados exclusivamente a fines fiscales, luego si no se declaraban personas, no se pagaban impuestos. Este encubrimiento, seguramente, pudo realizarlo el monasterio, entre otros motivos, gracias a que las personas seglares allí afincadas no representaban una realidad jurídica ni poseían propiedad ni poder, ni disponían de organización política alguna, digamos que institucionalmente no eran otra cosa que, los unos, criados del monasterio y, los otros, simples braceros que contribuían al fortalecimiento económico de las propiedades de una abadía interesada en repetir el proceso en su villa desierta de Tudején.

A partir de 1482 la situación cambió, la población creció y comenzó a regularizarse, se dotó de unas ordenanzas municipales, en 1522, y comenzó a figurar en el recuento de cuarteles y alcabalas del reino (en 1514 junto a Cintruénigo), e incluso en el censo del reino de Navarra de 1553 la villa declaró tener 272 unidades fiscales o fuegos, 18 más que en 1512.

A mediados del siglo XVI, la villa de Fitero se había afianzado política y demográficamente, comprendiendo un casco urbano que prácticamente lle-

garía inalterado nada menos que hasta finales del siglo XIX.

2. Evolución del casco urbano de Fitero desde sus inicios hasta el siglo XIX.

Las noticias sobre la evolución seguida por el casco urbano de Fitero hasta el siglo XVI son más escasas y vagas de lo deseable. A partir de esta centuria, transacciones, testamentos, matrículas pascuales, entre otras fuentes, permiten tener una idea bastante más clara de cual era la extensión y el trazado del caserío fiterano. Por todo ello, a continuación se presenta una visión general con algunas lagunas e imprecisiones, en especial para la época medieval, pero también con un soporte documental suficiente como para deducir que el proceso evolutivo, a grandes rasgos, debió ser así.

2.1. La formación de un casco urbano. Siglo XIII.

La información referente al urbanismo del lugar de Fitero en estas dos centurias, desde la llegada de los monjes hasta la obtención fehaciente en 1285 de la existencia de un barrio de criados, El Cortijo, es muy escasa, pero trascendental pues es en estos momentos cuando tuvo lugar la génesis del mismo.

Hasta hoy casi todos los estudiosos que se han aproximado a esta cuestión han mantenido que en el lugar de Fitero, en este periodo, tan sólo existían las dependencias monacales y dicho Cortijo. Sin embargo, el trazado del casco urbano de la villa, las noticias de periodos posteriores, así como algunas investigaciones de la Escuela Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra, parecen no concordar con esta tesis tan extendida.

Analicémoslo por partes. Sabemos que a fines del siglo XIII la mayoría de las dependencias monacales estaban ya terminadas o configuradas, aunque posteriormente fueron reedificadas, ampliadas o reformadas, por lo que todas no nos han llegado en su estado primigenio. En particular se hecha de menos a las murallas que sin duda rodearon tanto a las dependencias abaciales como a su entorno. Recordemos, por ejemplo, como tanto el monasterio de la Oliva como el de Veruela, por citar dos cenobios de algún modo descendientes de Fitero, del que tomaron algunos patrones, aun hoy continúan amurallados. De igual modo, Santa María de Fitero estuvo rodeada por una serie de murallas de distinto tamaño y composición que se cerraban en torno al convento.



Así, siguiendo el modelo de monasterios similares y el actual trazado del casco urbano fiterano, y a la espera de algún estudio arqueológico, es lógico suponer que la muralla principal debió seguir al norte una línea paralela a la actual calle de don Manuel María de Alfaro, al este paralela a la calle de Calatrava, al sur, paralela al actual paseo de San

Raimundo comprendiendo el espacio que en la actualidad no está edificado, la plaza, y al oeste,

posiblemente iría pegada por el exterior al Cortijo hasta alcanzar en algún punto el lienzo de muralla proveniente de la calle de Alfaro, comprendiendo en su interior la plaza de la Iglesia. Igualmente, junto a esta muralla principal, existieron al menos otras dos que podríamos denominar secundarias: la que encerraba en sí mismo al Cortijo cual aljama mora o judía, rota sólo por tres puntos o puerta, una al interior del cenobio; y una segunda muralla menor, al exterior, que de algún modo rodearía las tierras situadas al sur del monasterio, hacia el río, comprendiendo lo que aun hoy conocemos como Pieza de la Orden, tras el Güache, que en un principio debieron ser las huertas que trabajaban en exclusividad los monjes. De ambas murallas menores o secundarias nos han llegado restos tanto en el Cortijo, junto a la antigua cocina del monasterio, como en la Pieza de la Orden, bajando por el camino de la Madera a la derecha, junto a las últimas casas.

A tenor de los datos demográficos obtenidos, estos parecen indicar que no todos los habitantes o vecinos del lugar residían en dicho Cortijo ya en aquella época tan remota, y con mayor certeza en el siglo XIII. La lógica parece indicar que cuando la fábrica estaba en curso no era aconsejable alojar a sus pies a la servidumbre, máxime cuando el espacio sagrado se estaba configurando. Por ello, parece más al menos lógico y posible que las gentes del lugar, los vasallos que no criados del monasterio, residieran en otro lugar. A este respecto, estudiosos como J. C. Valerio Martínez de Muniáin, en su tesis doctoral, sostiene que entre las calles del Pozo, Carretera, y de la Villa, se aprecian muy deteriorados indicios de un trazado cerrado de tipo ortogonal que, el mismo, achaca a un posible origen romano de alguna pequeña villa¹⁹.

De todo ello cabe la posibilidad cierta de que el casco urbano de Fitero se haya formado a partir de dos núcleos "paralelos": A- El Cortijo, protegido y oprimido por el propio cenobio; y B- la manzana comprendida entre las calle de la Villa y la del Pozo. ¿Cuándo surgió cada uno de ellos?, esa es la cuestión. Ni en el *Cartulario de Fitero*, ni en las colecciones diplomáticas de M. Arigita²⁰ y C. Monterde Albiac²¹, que comprenden aproximadamente desde mediados del siglo XII hasta comienzo del XIII, figuran referencias a vecinos o moradores de Fitero, por lo que de significar esto la ausencia de los mismos, ambos pudieron formarse con posterioridad a 1210 y antes de 1285, al menos para el caso de El Cortijo.

Del núcleo urbano localizado extramuros del monasterio puede decirse que debió ser un recinto cerrado en sí mismo, amurallado, y organizado con una trama que pudo ser ortogonal siguiendo los ejes: norte-sur, la calle Garijo (que quizá se bifurcaba hasta conectar con la calle de la Carnicería); y oeste-este, la calle de Oñate (que acaso tuviera salida por la calle de la Iglesia) con sus consiguientes puertas de acceso. Martínez de Muniáin²² sostiene la posibilidad de un origen romano, acaso una villa agrícola, posibilidad a la que debe añadirse o yuxtaponerse en el tiempo la de un origen godo sustentado tanto por la proliferación de yacimientos de este periodo en las inmediaciones, como por el hallazgo en una casa de la calle Garijo de una lápida sepulcral en la que figura una cruz patada propia, que no exclusiva, de este mundo²³. Obviamente, a de tenerse en cuenta que a la llegada de los monjes allí no debía vivir nadie, por lo que ambas hipótesis se referirían a la reutilización de un espacio físico abandonado.

2.2. El caserío hacia los siglos XIV-XV.

Quizá a partir de mediados del siglo XIV el verdadero embrión del trazado urbanístico del actual Fitero, experimentó un primer ensanche hacia el sur, hacia el Molino²⁴. Este crecimiento se llevó a cabo en un plano inferior, en una zona depresiva de difícil drenaje dando lugar a calles con Charquillos permanentes. Dicho primer arrabal tuvo un trazado ortogonal siguiendo tres calles paralelas de dirección norte-sur, calles Charquillos, Espoz y Mina y San Antón, más su consiguiente belena que de algún modo tenía su prolongación por la actual calle Victoria, al que posteriormente se unió la calle del Barrio Bajo. El trazado y la estrechez de sus calles, mantenido hasta fines del siglo XX, ya que en estos años es una zona pendiente de reestructuración salpicada de casas derruidas y solares, indicarían tanto su antigüedad como la rapidez o precariedad con la que se llevó a cabo.

De tal modo que, en el siglo XV, el casco urbano de Fitero estaba integrado, además de por El Cortijo y el monasterio, por una serie de casas abigarradas desde la actual calle del Pozo hasta el Molino. Los tapias posteriores de casas y corrales hacían de este un recinto cerrado y amurallado, independiente de las murallas del monasterio, a cuyo callejero se accedía a través de unas puertas que, siguiendo un modelo ancestral, daban a la calle una forma acodada. Uno de estos portales estaba situado al norte, a la altura de las actuales esquinas de la calle Garijo con la calle del Pozo, llamado en el siglo XV Puerta de Santa Lucía, mientras que otro estaba situado al sur del Barrio Bajo, en la salida al río del que recibía el nombre, Puerta del Río, pudiendo existir otros dos: uno al este, frente al convento, y otro al oeste.



Este casco urbano situado extramuros del convento estaba rodeado al norte por terrenos del monasterio, al oeste por un ramal del camino real que proveniente del puente (nuevo) ascendía ladera arriba hacia Corella y Grávalos, y al este y al sur por otras tierras, dependencias y murallas conventuales.

No es descabellado pensar que fue en este momento cuando esta antigua población fiterana pudo dar a luz al que sería el primer gran intelectual del lugar, el bachiller Hernán Lópe de Yanguas²⁵.

2.3. El caserío de fines del siglo XV a mediados del XVI.

Como ya se ha adelantado, a partir del último tercio del siglo XV, Fitero tuvo su particular revolución demográfica, con su consiguiente repercusión en el trazado urbanístico.

A este respecto son muy interesantes los datos aportados por fray Jerónimo de Álava en el siglo XVII, tanto por la descripción de este proceso y del

génesis del conflicto entre la villa y el monasterio, como por la asunción intrínseca de que a fines del siglo XV, el casco urbano fiterano había seguido una evolución similar a la aquí expuesta:

“Desde el año 1482 hasta el de 1548 se aumentó mucho la villa de Fitero y el Monasterio ermo y descepo una eredad que tenía para dalles sitios en que pudiesen facer casas, la qual llegava desde la puerta de Santa Lucia hasta la de San Juan y tomaria las tres calles que agora llaman la calle de la Loba, la calle de Medio, y la de los Solares, de donde tomo el nombre por avello dado con titulo de solares y que de cada uno dellos huviesen de pagar al Monasterio en cada un año un florin, que es quince groses, que hacen dos reales y medio. Y viéndose ricos y sobrados con las haciendas que el Monasterio les avia dado, de la qual no le pagava, ni pagan sino es el quinto del fruto que cogen, y si no cogen no le pagan nada, sino aquello que según sus conciencias dicen deben (...) —y desde entonces— hasta el dia de oy—hacia 1630— han molestado y afligido al dicho Monasterio de Fitero con muchos y diversos pleitos, haciendo gastar muchos y muy grandes cantidades de dineros en ellos (...)”²⁶

Es decir, a partir de fines del siglo XV y durante la primera mitad del XVI tuvo lugar un segundo ensanche o arrabal, esta vez al norte del núcleo primigenio, dando lugar a las calles que aun hoy conocemos por calle de la Loba, calle de Medio o de Enmedio, por ser la central de las tres, y la calle Solares, situada al oeste, llamada así porque a mediados de esta centuria aun no había sido totalmente edificada, calle que posteriormente pasó a denominarse calle del Juego de la Pelota y ahora calle de San Juan. En esta ocasión, se siguió un trazado similar al del primer arrabal o ensanche: con una traza ortogonal de dirección norte sur y una belena transversal que corta sus calles y las comunica.



Tras la consolidación de este segundo ensanche el casco urbano de Fitero continuó siendo un espacio amurallado y cerrado en sí mismo. La Puerta de Santa Lucía, muy posiblemente pasó del norte de la villa al lugar que aun hoy sirve de acceso al termino municipal del mismo nombre; la Puerta del Río, al sur, se mantuvo en el mismo lugar; mientras que la puerta norte, Puerta de San Juan, pasó a estar localizada en el extremo de la calle de Medio, hoy calle del Venerable don Juan de Palafox, cuyo trazado en codo aun se puede apreciar. Junto a ellas tenemos noticias de otras dos puertas de la villa, la Puerta de la Cruz,

muy probablemente localizada junto al humilladero cortando el paso a los tapias que flanqueaban el acceso a la villa desde aquel lugar, y la Puerta de San Pedro que no he podido ubicar aunque, acaso, pudiera haber estado situada frente a los muros de la abadía, al este del pueblo²⁷. Es seguro que la muralla de la villa se rompía a través de algunos portillos que facilitaban la comunicación a pesar de lo cual, en síntesis, a mediados del siglo XVI, la dualidad entre población y espacios seculares y religiosos permanecía nítidamente marcada conservando dos espacios cerrados e independientes.

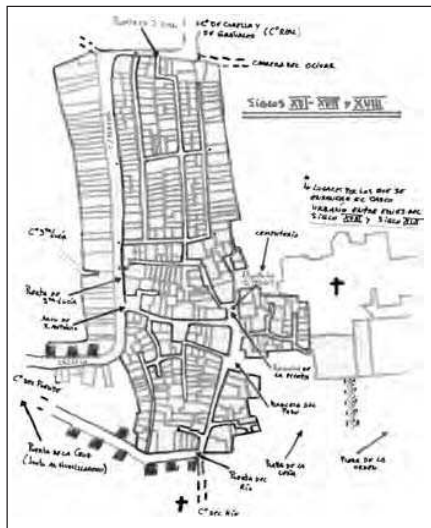
Por lo tanto, la primera mitad del siglo XVI fue un periodo de expansión demográfica, incentivada en buena medida por la inmigración, por lo que el casco urbano acogió a gentes de fuera, algunas de las cuales de cierto renombre tales como la familia de los Guillén, con escudo de armas recogido nada menos que en el *Libro de Armería del Reyno de Navarra*²⁸, o Jaime de Saint Martín, ex paje del Príncipe don Gastón de Foix quién, en 1544, dice que en Fitero “*agora hay 220 casas y vecinos, poco mas o menos (...)*—siendo las construcciones— *unas casillas a manera de chozas cubiertas de tierra y no de tejas, con una sola habitación y ninguna camara, y tan bajas y pequeñas que no cabia en ellas una lanza tiesa (...)*”²⁹. Descripción que ayuda a entender como el crecimiento del casco urbano, en un primer momento, se realizaba mediante casas nuevas de planta baja, prácticamente chabolas, que con el incremento de la presión demográfica, posteriormente, fueron reemplazadas por otras de varios pisos de altura.

2.4. El caserío en la Edad Moderna (siglos XVI, XVII y XVIII).

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, el caserío no solamente colmató la calle de los Solares, sino que experimentó un tercer crecimiento. Todo ello a pesar de los conflictos con el monasterio y de las dos tentativas por trasladar el casco urbano a tierras realengas. Este tercer ensanche, de menores dimensiones que los dos anteriores, es el que dio lugar a la conocida como calle Mayor, hoy carretera. Su trazado comenzaba, al norte, a la altura de la esquina de la Costerilla y de la calle Luchana (hoy de don Miguel de los Santos Díaz y Gómara), por la que seguía camino de Corella hasta la altura de la Puerta de San Juan (final de la Calle de Medio); descendiendo hacia el río iba paralela al segundo ensanche y al núcleo primigenio para, pasada la Puerta de Santa Lucía y el arco de San Antón, tomar dirección hacia el Humilladero por una calle conocida como de la Calleja o de Santa Lucía, flanqueada por tapias construidos con cantos del río y yeso. En sí, el tercer ensanche seguía el trazado del camino real, al que la villa se adaptó en su flanco oeste. De tal modo que el casco urbano de Fitero, durante las centurias del siglo XVI, XVII y XVIII, continuó siendo un espacio cerrado al que se accedía por unos puntos muy concretos pues, a los portales de la villa ya comentados, se sumó el arco de San Antonio, en las proximidades de la actual plaza de dicho nombre.

Recapitulando un poco, puede decirse que el casco urbano de Fitero permaneció prácticamente inalterado desde fines del siglo XVI, comienzos del XVII, hasta fines del siglo XIX. Este estaba formado por dos zonas bien delimitadas: el pueblo, tal y como se ha descrito, aproximadamente, y las dependencias monacales que incluían las casas de los criados y de los familia-

res de los monjes, esto es el Cortijo. Ambas zonas estaban separadas por un espacio físico libre en el lugar que en algún tiempo hubo muralla. Es decir, la muralla física fue reemplazada en algún momento, quizá del siglo XV, por una muralla simbólica. Así, parte de la plaza de la Iglesia era el cementerio de la villa, un espacio sagrado que continuaba, dirección hacia el río, con otro espacio abierto que era la plazuela de la Picota, allá donde termina la calle Garijo, símbolo del poder de la justicia, de la jurisdicción criminal que ostentaba la abadía, para continuar con la plaza del Pozo y, anexa a esta la plaza de la Leña de los monjes.



2.5. La apertura del siglo XIX.

Las noticias del casco urbano de Fitero en esta centuria se multiplican, conservándose en el archivo municipal incluso planos de detalle de acometidas puntuales. Con todo, el hecho más relevante de esta centuria es el de la apertura, el del desbordamiento y ruptura de unas murallas municipales que durante siglos habían protegido a la población

tanto en momentos de guerras o turbulencias como en momentos de pestes y epidemias.

Así describe P. Madoz al caserío fiterano a mitad de centuria:

*“Las casas son de dos y de tres pisos, más cómodas que elegantes, particularmente una porción que tienen huerto. La parte antigua, que constituye la mitad de la población, se compone de malísimas calles, estrechas, torcidas, llenas de rincones y algunas sin salida; más en la otra mitad, de construcción moderna, son más espaciosas y rectas; en especial, la Mayor, que es hermosa, larga y ancha.”*³⁰

Durante el siglo XIX las modificaciones y las obras fueron bastantes e importantes, sobre todo a partir de 1850, por lo que expondremos simplemente los rasgos fundamentales. Acaso el más importante de ellos es el crecimiento urbano llevado a cabo hacia el este, hacia las calles de la Patrona (1884), paralela al segundo ensanche, calles de don Manuel María de Alfaro y la de Calatrava (1885), la primera manteniendo la alineación de la calle del Pozo, y la calle don Juan de la Cruz Angós (1886) guardando la alineación con la belena de dicho segundo ensanche. De este modo la muralla del pueblo, formada por la parte trasera de algunas casas y corrales se rompió en estos puntos. Igualmente, al norte, la calle de la Loba se abrió a la actual calle de Díaz y Gómara a través de una casa particular cuyo propietario pasó a dar nombre a la calle (calle de don Cesáreo Armas Tovías), al igual que la calle de San Juan. Al oeste se abrieron portillos y callejones hacia la costerilla, y se consolidaron los accesos de la calle San Juan, calle del Pozo y calle Oñate a la calle Mayor. También se aumentó el número de casas en lo que se conoce como Cogotillo Bajo (Avenida Pío XII) como prolongación de la calle Mayor, calle del Oro (calle de Lejalde), la antigua calle de la Calleja (la carretera) e incluso el inicio del actual paseo de San Raimundo, formado a partir de la plaza monacal de la Leña, frente a la estatua de

San Raimundo y la plaza de la Orden, actual zona arbolada, el cual tomó en un primer momento el nombre de plaza de Magallón (1883) en honor de doña María del Pilar Magallón y Campuzano propietaria de los terrenos³¹.

Definitivamente, tras los procesos desamortizadores de la primera mitad del siglo y la consiguiente supresión del convento, así como el florecimiento industrial y demográfico de la segunda mitad del siglo XIX, la villa de Fitero rompió sus murallas al tiempo que invadió urbanísticamente tanto el complejo monacal como las tierras adyacentes. Había nacido un nuevo Fitero.

3. Conclusiones.

La primera conclusión para aquel que lea este trabajo es la concerniente a que el mismo es en realidad una mera recopilación y puesta en orden de unas notas que de manera periódica aumento. En consecuencia, y a la falta de mayores estudios, y en especial de catas arqueológicas que podrían hacerse en este momento en que existen bastantes solares vacíos dentro del casco antiguo fiterano, quizá las ideas básicas aquí sostenidas son: 1- la existencia de mayor número de población de la hasta ahora supuesta en el Fitero bajomedieval y, por lo tanto, la mayor antigüedad del trazado de un casco urbano que no se ceñía exclusivamente al Cortijo; 2- la clara delimitación simbólica y física del mundo religioso y del seglar, separando a personas y a lo que ellos mismos denominaban las tres jurisdicciones: *la baja, la media y la alta*, o lo que es lo mismo, la ordinaria, la criminal y la espiritual o religiosa; 3- la permanencia de un sentido de protección del casco urbano frente al exterior, dando lugar a espacios cerrados en sí mismos mediante murallas y tapias, que no perdieron su sentido hasta el siglo XIX; y, cómo no, 4- la necesidad de seguir estudiando cual fue el origen y la evolución de esas calles que día a día, siglo a siglo, acompañan silenciosas el transitar de tantos y tantos fiteranos.

1 García Sesma, M., *Investigaciones Históricas sobre Fitero*, vol. I. Tudela, 1986, pág. 37.

2 Olcoz Yanguas, S., “Orígenes medievales de la villa de Fitero”. *Fitero-2000*, nº 18, pp. I-XVI.

3 Véase las descripciones que aportan S. Olcoz Yanguas, “Los orígenes medievales...”, op. cit., recogida del documento del A.G.N., Clero, Fitero, nº 381, fol. 2, o Clavería Arangua, J., *Iconografía y santuarios de la virgen en Navarra*, t. II, pág. 491.

4 Jimeno Jurjo, *Fitero*. Navarra: Colección de Cultura Popular, nº 72.

5 Olcoz Yanguas, S., op. cit., A.G.N., Clero, Fitero, núms. 442 y 443.

6 Carrasco, J., Miranda García, F., Ramírez Vaquero, E., y Zubillaga Garralda, M., *Los judíos del reino de Navarra. Registros del sello, 1364-1400*. Navarra judaiza 5. Pamplona, 2002.

7 Si bien es cierto que la magnitud de los datos es muy escasa y, por lo tanto, el factor azar puede tender a sobre valorarse.

8 A.G.N., Comptos, nº 406. F. Idoate, op. cit., doc. 1172.

9 Alfaro Pérez, Fco. J., *Historia de la villa de Cintruénigo*, en prensa, A.C.C., (Índice), caja 151, nº 11.

10 Flórez, E., *España Sagrada*, t. 50. Madrid, 1866, pág. 196.

11 Pruebas del Ldo. Martín Taxeros de Vea, natural de Cintruénigo. A(rchivo) H(istórico) N(acional), Universidades, leg. 538, nº 12. Martín Taxeros fue jurado de la villa de Cintruénigo al menos en 1454.

12 V., por ejemplo, Olcoz Yanguas, S., “Orígenes medievales...”, op. cit.

13 V., entre otros, Clavería, C., *Los judíos en Navarra*. Pamplona, 1992.

14 Archivo Municipal de Fitero, Secc. Leg. Históricas, c. 441.

15 García Sesma, M., *Investigaciones históricas sobre Fitero*, vol. I., Tudela, 1986, capítulo II, “Investigaciones demográficas”

16 Archivo Municipal de Fitero, Legajos históricos, caja 448, fajos 1 y 2.

17 Véase, Menéndez Pidal de Navascués, F., “Don fray Martín de Egués y Gante, Abad de Santa María de Fitero”. Madrid: *Anales de la Real Academia Matritense de*

Heráldica y Genealogía, v. IV (1996-1997), pp. 251-277.

18 Op. cit.

19 Juan Carlos Valerio Martínez de Muniáin, *Diez ciudades navarras. Tesis doctoral dirigida por el profesor Javier Carvajal Ferrer y leída en la Universidad de Navarra, Escuela Superior de Arquitectura, en el año 1990*.

20 Véase Arigita, M., *Colección de documentos históricos para la historia de Navarra*. T. I., Pamplona, 1900.

21 Monterde Albiac, C., *Colección diplomática del Monasterio de Fitero (1140-1210)*. Zaragoza, 1978.

22 Op. cit.

23 Medrano Marqués, M., *Fitero en la historia: Del Eneolítico a la llegada del Islam*. Fitero, (en prensa).

24 En el lugar que ocupó el Molino hemos colocado una cruz en los planos anexos no sólo por el hecho de que algunos estudiosos creen que ese fue el lugar del primer monasterio de Fitero, sino por tratarse de una edificación del monasterio en sí.

25 Véase, Alfaro Pérez, Fco., J., “Hernán López de Yanguas, humanista”. *Rev. Fitero*, nº 19, 2001, pp. 26-27.

26 Fray Jerónimo de Alava, *Relación de privilegios y provisiones concedidas al Monasterio Real de Fitero. (Hacia 1630)*. A.H.N., Sec. Códices, nº 371, ff. 13v.-14.

27 V., Alfaro Pérez, Fco. J., “Mejoras urbanísticas de Fitero en la Edad Moderna” en *Fitero*, 1999, nº 17, pp. 56-57.

28 Véase, Menéndez Pidal de Navascués, F., y Martinena, J. J., *Libro de Armería del Reyno de Navarra*. Pamplona, Pamplona, 2001.

29 Tal y cómo recoge M. García Sesma en sus *Investigaciones históricas*..., op. cit., pág. 42, del documento del A.G.N., Fitero, nº 5, ff. 32-35.

30 P. Madoz, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España*, t. VIII, pág. 104, noticia que ya recogiera M. García Sesma, *Investigaciones*..., op. cit., pág. 43.

31 Para más información, véase, M. García Sesma, *Investigaciones históricas*..., op. cit., “Caserío y Calles”, pág. 41 y sigs.

Más de 30 años al servicio de
todos sus socios,
clientes y proveedores

¡Felices Fiestas!

Tu tienda de confianza

La tienda de todos
y para todos

Díaz y Gómara, s/n Teléfono 948 77 60 92 - 31593 FITERO (Navarra)

Soc. Cooperativa
Fiterana de Consumo

**Soc. Cooperativa
Fiterana de Consumo**

Soc. Cooperativa
Fiterana de Consumo





Nueva Navarra



Confecciones de Calidad



Carretera de Tudela, s/n - Teléfono 948 40 47 77
Fax 948 77 64 52

FITERO (Navarra)